

¿Por qué no somos primermundistas?

JOSUÉ SÁENZ

Ningún país de América Latina ha logrado ser "primer mundista". Este título puede otorgarse hoy sólo a los países con ingresos *per cápita* anuales de 20 mil dólares o más. Chile y Argentina, los más exitosos, generan un ingreso *per cápita* de 8 mil dólares. De las demás naciones, incluyendo México en su contracción actual, mejor no hablar. América Latina es un conjunto de 23 países, con climas que van del tropical al templado, que tienen toda clase de suelos e hidrologías. En muchos abundan recursos naturales. Sus ideologías económicas cubren la gama del capitalismo al comunismo. Sus estructuras políticas comprenden democracias y dictaduras. Les han tocado gobiernos militaristas y fascistoides, populistas, liberales y socialistas. Algunos países tienen más de siglo y medio (siete generaciones) de ser independientes. Otros son nuevos en su autonomía. Pero, de acuerdo con el *Atlas de la Economía Internacional* publicado por el Banco Mundial, ninguno tiene nivel de ingresos adecuado a su potencial o necesidades.

Hay muchas formas de medir la riqueza o pobreza de una nación, además del ingreso *per cápita*. Se puede tomar como criterio el nivel de escolaridad, el tipo de habitaciones, el consumo de calorías, la esperanza de vida, los cambios en la estatura de la población, los kilovatios de energía eléctrica consumidos por habitante, la proporción de teléfonos o automóviles y muchos otros elementos. Pero el ingreso *per cápita* y su tendencia son quizás el indicador con mayor comparabilidad internacional. Según esta medida objetiva, el país latinoamericano que más ha logrado fue Chile, que tiene un ingreso anual de 8 mil dólares por habitante, un crecimiento de su economía del 8% anual y una tasa de ahorro y capacidad de inversión que ya son de nivel comparable a los países asiáticos. Con todo, dista de ser "primer mundista".

¿Qué nos frena?

En este deprimente pero real contexto, es válido preguntar si nuestros países están predestinados a la pobreza, y de no ser así, qué nos ha frenado y qué podemos hacer para subir en la escala mundial. ¿Qué es lo que nos ha fallado en América Latina? No hay bases para concluir que estemos condenados al subdesarrollo y la pobreza perpetua. Tampoco hay fundamentos para suponer que por razones históricas o biológicas estemos preordenados a ser para siempre la periferia pobre de los países ricos. Nuestra realidad, en sus muchos aspectos, nos indica que hay áreas de acción que abren la posibilidad de crecer en lo económico y mejorar nuestro nivel de vida.

Entre los frenos sociales a nuestro crecimiento cabe mencionar una educación insuficiente para la mayoría de los habitantes, situaciones graves de insalubridad, baja inversión, falta de mestizaje para homogeneizar nuestras poblaciones. Cabe notar que sólo Chile, Argentina y Uruguay tienen poblaciones racialmente homogéneas y monolingüistas. Hay quienes culpan a la religión católica predominante en América Latina de no incentivarnos adecuadamente para resolver los problemas terrenales, porque con creer y cumplir rituales

en la tierra tendremos en el cielo siempre asegurada una vida mejor. Otro freno importante a nuestro desarrollo económico es que la pobreza hace a los habitantes cortoplacistas y no futuristas. La dificultad y urgencia de sobrevivir se sobrepone a todo. No se puede pensar en ahorrar, en invertir, en capitalizar o en proteger la ecología, si la presión cotidiana de comer para sobrevivir posterga todo lo demás. Otro factor importante es que nuestro políticos suelen tener horizontes cortoplacistas. En el caso de México, el horizonte político está limitado al sexenio. Así como un rey francés dijo *apres moi le deluge*, muchos presidentes mexicanos en la práctica parecen pensar que pasando su sexenio no importa que caiga el diluvio.

La conjunción de estos factores ha logrado que América Latina tenga una historia de inestabilidad política y ausencia o discontinuidad en sus programas de desarrollo. Los países latinoamericanos en su conjunto han tenido aproximadamente 253 constituciones desde su independencia. El promedio es de más de 12 constituciones por país. México ha estado abajo en este promedio, pero en cambio tiene el récord latinoamericano en materia de enmiendas a la Constitución vigente. La de 1917 ha sufrido tantas enmiendas y cambios de enfoque que tiene que estar en hojas sueltas para mantener actualidad. La política económica oficial de México parece pensar más en el hoy que en el mañana.

Ahorro y crecimiento

Para que una nación crezca en lo económico se necesita aumentar la cantidad y calidad de los insumos al proceso productivo. El insumo más importante para el desarrollo es la inversión. Pero en México la inversión se ha frenado porque el ahorro de la población general no es suficiente. El círculo vicioso de bajos ingresos —escaso ahorro-poca inversión frena nuestro crecimiento. Además el poco ahorro no empresarial ha sido objeto de una destrucción sistemática por una política inadecuada.

El ahorro en México tiene una triste e inconclusa biografía. Las tasas reales de interés pagadas a los ahorradores por el sistema financiero en los últimos 15 años han sido negativas y confiscatorias del ahorro. Los ahorradores, ya sea que hayan invertido en valores del Estado, en instrumentos bancarios, en cuentas de ahorro, en aportaciones al IMSS y al SAR, en seguros particulares, o en los tristemente famosos Mexdólares de López Portillo, han perdido. Su poder adquisitivo potencial y el valor real de su ahorro han sido aniquilados en la lucha contra la inflación y las devaluaciones. En términos de capacidad de compra real o aptitud para la formación de capitales, el ahorrador general han perdido la batalla. Por ello, México no tiene buenas perspectivas de aumentar el nivel de ahorro. Además de la mala experiencia que tuvieron los ahorradores al perder la batalla contra la inflación interna y la devaluación del peso respecto de otras monedas, nuestra estructura demográfica y su inercia cronológica indican que durante una generación más la población joven absorberá más recursos de los que genera.

El papel económico de los ricos

El ahorro nacional está concentrado en grupos relativamente pequeños de empresas exitosas y de individuos ricos. Por ello es indispensable buscar que este ahorro sea orientado a través de una política de crecimiento, para lograr la tarea indispensable de desmarginar a grandes sectores, y promover el desarrollo general. Es fácil criticar a los ricos y válido señalar que sus recursos suelen ser usados en forma ostentosa y no siempre

de la manera más racional para el crecimiento del país y la disminución de la pobreza. Pero cabe notar que generalmente en los países donde no hay ricos, todos los habitantes son pobres. La caída del comunismo real en gran parte de Europa nos ha permitido ver esta verdad. Nos muestra, además, cómo se retrasa la tecnología, cunde la ineficiencia económica y se posterga el desarrollo de industrias no militares.

Probablemente la concentración del capital en la etapa inicial del desarrollo de los países haya tenido efectos inequitativos en la distribución de ingresos, pero también es probable que haya sido inevitable acompañante del crecimiento económico. El llamado "efecto Kuznets" sostiene que la concentración de capitales es fenómeno transitorio en el desarrollo de un país, y que desaparece en dos generaciones. Es históricamente exacto que en muchos casos de países en desarrollo, el capital, después de una concentración inicial, evoluciona hacia la democratización. México comienza a vivir este fenómeno. Los individuos, familias o clanes que integran los grupos ricos que inicialmente crearon empresas tienden a hibridizarse demográficamente en dos o tres generaciones. Por otra parte, el crecimiento sostenido de las grandes empresas las obliga a buscar nuevas formas de financiamiento extrafamiliar, a bursificarse nacional e internacionalmente y así expandir tanto su radio de acción como la difusión de sus beneficios.

Milagros y realidades

Está de moda hablar de los milagros asiáticos. Se citan los ejemplos de los países de la Cuenca del Pacífico y cómo han logrado tasas de crecimiento económico impresionantes. Se han hecho primer mundistas en una generación. Los ejemplos son muchos. Pero es incorrecto hablar de "milagros". Estos ocurren sólo en la historia o leyenda religiosa. Son fenómenos instantáneos tales como la súbita aparición de una virgen, la partida al cielo de un cuerpo resucitado tres días después de muerto y cosas similares. Pero la verdad es que en la economía no debemos pensar en "milagros", ni asiáticos ni mexicanos. Todo lo que para bien suceda en nuestra economía será resultado lógico de muchas microacciones específicas durante periodos prolongados. Si los países asiáticos han hecho que sus economías crezcan a tasas del 6 ó 7% anual, y si han obtenido niveles de ahorro del orden del 25% o más de su producto interno bruto, esto no se debe a milagros, cosas súbitas o instantáneas, sino a muchos años de éxitos microeconómicos. México no debe confiar en milagros instantáneos o fórmulas mágicas. Lograr el crecimiento sólido y continuado de nuestra economía, salir de su estancamiento estructural histórico, y de la depresión que vivimos tomará tiempo. Necesitará muchas acciones específicas y, sobre todo, exige nuevos modelos, fórmulas y programas enfocados al crecimiento.

Para crecer

En los diccionarios "crecimiento" se escribe con dos "c". Pero en la economía se escribe con seis: Capitalización, Confianza, Credibilidad, Capacitación, Codependencia y Continuidad. Lograr un crecimiento económico a la tasa mínima de 7.5% anual que requiere nuestro país para resolver sus problemas de pobreza acumulada y tensiones políticas, necesitamos cambios ideológicos y su proyección *generalizada*. El primer cambio es pasar del concepto de un México con inevitable lucha de clases, al de un país en que existe una dependencia mutua entre todos los factores de la producción: trabajadores y empresarios, capital y esfuerzo humano, gobernantes y gobernados.

Para que esta armonía necesaria se vuelva realidad urge reconocer que en la economía moderna, en la política económica realista necesaria en nuestra época, hay factores de la producción que no están considerados en las teorías. Son elementos reales del proceso productivo, pero que no están

incluidos en los modelos econométricos y programas de desarrollo expuestos en los libros de texto. El lenguaje es uno de los factores, intangibles pero importantes y operativos, que influyen en la calidad y volumen de la producción, así como en la distribución de ingresos entre individuos. En una economía de autoabasto y de comercio a nivel local, el lenguaje geográficamente limitado de una etnia puede ser suficiente. Pero a medida que el individuo participa en una economía moderna, mucho más extensa que el autoabasto o el tianguis local, un lenguaje más amplio, moderno, sincrónico, se vuelve factor indispensable de producción y necesita desarrollarse más allá de una lengua étnica local.

Indigenismo verdadero

Actualmente se debate en México el "indigenismo" y el papel de las etnias en la vida política y social del país. Se discute hasta qué grado deben conservarse, e incluso fomentarse, las formas de gobierno y organización social de los núcleos étnicos y comunidades indígenas. Han cobrado fuerza grupos que podríamos llamar "etnorománticos": personas que sin ser indígenas, y a veces ni siquiera mestizos, hacen propaganda y pronuncian demagógicos discursos en favor de la conservación de las tradiciones de los pueblos indígenas. Estas son muy respetables desde un punto de vista ético y antropológico, pero resultan disfuncionales en la época moderna y en la economía actual. El verdadero indigenismo tiene que buscar la forma de sacar a los grupos étnicos de su pobreza histórica, de su atraso respecto de la evolución del mundo moderno, y volverlos mexicanos capaces de participar con éxito en la economía nacional, única forma de aumentar su productividad y nivel de ingresos.

Un plan honesto, no demagógico, para eliminar la pobreza de los grupos indígenas tiene que oponerse al fomento de micronaciones dentro de la nación, de microgobiernos dentro del gobierno y de disfuncionalidad dentro de la economía nacional. Un lenguaje verbal común es el factor de la producción esencial para el progreso de México, para el crecimiento de nuestro producto interno bruto y para que puedan salir de la pobreza los núcleos indígenas. Al paso que evoluciona el mundo, quizás en un futuro ya próximo, el progreso económico exigirá también un ciber-lenguaje para ser partícipes activos en la economía. El verdadero indigenismo no es la conservación o promoción romántica de las lenguas, tradiciones culturales, forma de gobierno y sistema económico rudimentario de cada etnia.

Quienes verdaderamente deseen el progreso y mejoramiento de la calidad de vida de los grupos étnicos, deben reconocer que hay que darles no sólo la igualdad de oportunidades, sino formas efectivas para elevar su nivel de vida. En la coyuntura actual de México, para conservar la paz social hay que atenuar muchos conflictos latentes cuya presión crece. Disminuir las disparidades, eliminar rezagos y aislamientos forman la base para el desarrollo del país.

El segundo factor de la producción y el desarrollo que los libros de texto y modelos econométricos no mencionan, es la sincronía del sistema educativo con las exigencias del progreso económico. El tiempo en la educación es de enorme importancia para el desarrollo económico. No sólo es necesario establecer el vínculo educativo empresa-

trabajador. Urge una pronta sincronía entre educación y producción. Si no mejoramos rápidamente esta relación entre educación y producción entraremos demasiado tarde a la competencia en el mercado global, y perpetuaremos la separación interna entre los mexicanos que han alcanzado un alto nivel educativo y los que carecen de él.

Es de actualidad exaltar el futuro papel de la televisión educativa y cómo puede extender, acelerar y mejorar el proceso educacional. Es cierto que la televisión educativa puede ser una formidable adición al sistema de enseñanza. Podrá mejorar y modernizar la calidad del material ofrecido a los estudiantes, aún cuando se pierda la valiosa relación personal maestro-alumno. Pero la televisión comercial, además de su papel informático y como diversión, tiene un efecto político secundario de excepcional importancia en el mundo moderno. Las explosiones de violencia en varias de nuestras zonas rurales pobres comprueban que la televisión comercial es una aceleradora subliminal de envidias e inconformidades. Muestra a los televidentes pobres, rezagados, marginados y olvidados, la brecha entre su forma de vida y la de otros más afortunados. La televisión tiende a desaparecer la pasividad.

Es un nuevo factor que afecta las relaciones entre las distintas partes que integran la economía nacional.

Liberalismo y *neoliberalismo*

Está de moda entre politólogos y grupos de la izquierda culpar al *neoliberalismo* de nuestros males. Conviene por ello analizar este concepto. El liberalismo en su inicio no fue una doctrina económica sino política, en tanto que el *neoliberalismo* ha adquirido un enfoque básicamente económico. Conviene recordar que en todo caso los defectos del *neoliberalismo* no son lo "neo" ni el "liberalismo". Ninguna de las alternativas a sus dos componentes son superiores. Es difícil pensar que lo antiguo sea mejor que lo nuevo y que el autoritarismo o el conservadurismo sean superiores al "liberalismo". Si a la versión económica bautizada como *neoliberalismo* se le puede culpar de nuestros males, es por la comprobada impotencia o insuficiencia de la economía de mercado sola ante la realidad mexicana. El verdadero defecto del *neoliberalismo*, sea político o económico, es la demostrada insuficiencia histórica de la economía de mercado, sin ayuda gubernamental, para lograr el desarrollo integral de países que tienen problemas estructurales como los de México.

Karl Popper recalca que vivimos en un mundo de cambios e incertidumbre, en el cual nadie puede tener o prever todas las respuestas a los problemas, presiones y urgencias. Por ello no debemos abandonar el liberalismo, porque su base es que postula una estructura política, social y económica que permite los cambios. El *neoliberalismo* económico, con este o cualquier otro nombre, tiene que ser visto, no como una teoría, sino como un conjunto de acciones y movimientos que logren promover el bienestar en un contexto cambiante e incierto. El papel del Estado en el proceso de desarrollo económico no debe ser ni el mínimo ni el máximo, sino el óptimo en cada coyuntura. Tanto Keynes, padre de la economía anticíclica, como William Beveridge, padre de la política del bienestar, fueron "liberales". Pero ambos proponían para el Estado sistemas de intervención, anticíclica el uno y de transferencias redistributivas el otro, para lograr el bienestar máximo. El *neoliberalismo* no debe ser visto como pasividad gubernamental, inacción o rigidez ideológica ante los problemas de un mundo cambiante y de una economía estancada. Falta reenfocarlo como fórmula flexible para resolver nuestros problemas.

La desmarginación, la extensión geográfica de la economía moderna y el nicho-empresarismo faltan como objetivos de nuestra política económica. El monolingüismo y la sincronía educativa deben ser su complemento. La capitalización vertical, empresa por empresa, necesita ser eje de una política industrial. Sólo así podemos aspirar a ser primer mundistas. La política macroeconómica, sola, no es capaz de resolver nuestros muchos micro-problemas y eliminar las barreras reales a nuestro crecimiento. Falta lo demás

El gobierno de México frente a la opinión pública

